

EL FRENTE POPULAR EN LA DIPUTACIÓN

(Viene de la página 9)

Larrañaga tardaba en salir, preguntaban inquietos, temerosos de que a su jefe le hubiera ocurrido alguna desgracia:

—¿Dónde está Larrañaga? Queremos verle, tenemos que protegerle.

Y entreabrieron la puerta, tranquilizándose al ver que el comisario seguía vivo y sano.

En otra ocasión, abajo en la Central de Teléfonos, prendieron por imprudencia de algún "colista", dos bidones de la gasolina que allí había para uso de las motos y del auto de la Diputación y se produjo un pequeño incendio que sembró el terror entre cuantos estaban en la casa de la provincia. Al día siguiente, "Euzkadi roja" preguntaba al personal de la Diputación era fascista y había causado el incendio intencionadamente.

El gestor, Cordero, médico, tenía tal pánico, que dormía en el despacho del contador y guardaba el auto en el vestíbulo de una de las entradas que permaneció cerrada, pues para llevar mejor el control, no se entraba más que por la puerta principal, custodiada por milicianos convertidos en baterías.

En el despacho del taquígrafo se colocó un mapa desde el cual los estrategas hacían formidables avances. Allí Larrañaga actuaba de generalísimo. Para evitar molestias y visitas, entregándose de lleno a supuestos tácticos, cerró con llave y pestillo dos de las puertas y en la tercera puso de centinela a un miquelete de imponente aspecto, dándole la consigna de que no dejase pasar a nadie: "Sea quien sea, no le dejes entrar. Con tu vida respondes". Tacho Amilibia quiso saltarse a la torera la orden y pretendía pasar para hablar con Larrañaga: una entrevista de "generales", como quien dice. Pero el miquelete no le dejaba. — "¿No sabes quién soy yo? — arguye irritado el ex monárquico y ex clubman Amilibia. — "Yo qué sé, pues... Y aunque sabría, aquí no pasa nadie, sea quien sea". Hasta que, a las voces, salió Larrañaga, abroncó al cancerbero y se enfrascó con Napoleoncete Amilibia, preparando la gran batalla triunfal.

Pero, cuando nuestras tropas cayeron sobre Irún y la libertaron, el pánico indescriptible cundió en jefes y masas. Entonces la pestilencia llegó a la saturación y así acabaron aquellos bárbaros y aquella chusma, que había usurpado por cerca de dos negros meses, el Solar, la Sede y el Hogar de nuestra Guipúzcoa amada.

El Frente Popular en la Diputación

[...]

El gestor, Cordero, médico, tenía tal pánico, que dormía en el despacho del contador y guardaba el auto en el vestíbulo de una de las entradas que permaneció cerrada, pues para llevar mejor el control, no se entraba más que por la puerta principal, custodiada por milicianos convertidos en baterías.

[...]